

ARCHIPIÉLAGO

*Afinidad, Organización Informal y
Proyectos Insurreccionales.*



¿Por qué volver a las preguntas sobre afinidad y organización informal? Ciertamente, no porque nos falten intentos de explorar y profundizar estos aspectos del anarquismo, no porque la discusión de ayer, como la de hoy, no esté inspirada de alguna manera por ellos, y tampoco porque haya falta de textos, es cierto, la mayoría de las veces están en otros idiomas, que abordan estas preguntas tal vez de una manera más dinámica. Sin embargo, sin duda, ciertos conceptos requieren un esfuerzo analítico y crítico permanente, si no quieren perder su significado al ser usados y repetidos con demasiada frecuencia. De lo contrario, nuestras ideas corren el peligro de convertirse en un lugar común, una «evidencia», un terreno fértil para el juego idiota de la competencia de identidad, donde la reflexión crítica se vuelve imposible. También sucede que la elección de afinidad para algunos se desestima rápidamente como si se tratara de una relación basada en sus propias ideas, una relación que no permitiría un contacto con la realidad, ni tampoco con compañerxs. Mientras que otros lo agitan como una bandera, como una especie de lema, y como todos los lemas, por lo general es el verdadero significado, profundo y propulsor, para ser su primera víctima.

Ninguna actividad humana es posible sin organización, al menos si entendemos la organización como «la coordinación de los esfuerzos mentales y físicos que se consideran necesarios para lograr un objetivo». De esta definición podemos deducir un aspecto importante, que a menudo se olvida: la organización es funcional, está dirigida hacia la realización de algo, hacia la acción en el sentido más amplio de la palabra. Aquellos que hoy instan a todos a organizarse, con ausencia de metas claras y mientras esperan que desde el primer momento de organización todo el resto se desarrolle automáticamente, dan por hecho que el organizarse es un fin en sí mismo. En el mejor de los casos, tal vez esperen que de esto salga una perspectiva, una perspectiva que no puedan imaginar por sí mismos o que no se puedan dibujar, pero que solo sería posible y palpable dentro de algún tipo de entorno colectivo y organizado. Nada menos cierto. Una organización es fructífera cuando se nutre, no de una presencia cuantitativa banal, sino de individuos que la utilizan para alcanzar un objetivo común. Dicho en otras palabras, no tiene sentido creer que, al organizarnos, las cuestiones de

cómo, qué, dónde y por qué luchar se resolverán con la mera magia de lo colectivo. En el mejor de los casos, o lo peor, según el punto de vista, tal vez alguien pueda encontrar un carro en el que subirse, un carro tirado por otra persona, y sentirse cómodo en el desagradable rol de seguidor. Por lo tanto, es solo una cuestión de tiempo antes de que uno, disgustado e insatisfecho, rompa con esta organización.

La organización está por lo tanto subordinada a lo que uno quiere hacer. Para los anarquistas, también necesitamos agregar los lazos directos que necesitan existir entre lo que uno quiere hacer, el ideal por el cual uno lucha y la manera de obtenerlo. A pesar de los actuales juegos de disfraces y juegos de palabras, en los meandros más o menos marxistas, los partidos todavía se consideran un medio adecuado para luchar contra los partidos políticos. Todavía los vemos plantear hoy la afirmación política de las fuerzas productivas (en tiempos en que la escala del desastre industrial está bajo la mirada de todos) como un camino para terminar con las relaciones capitalistas. Algunos quieren tomar medidas para volver superfluo todas las demás medidas. Los anarquistas no tienen nada que ver con este tipo de trucos de magia, para ellos los fines y los medios deben coincidir. La autoridad no puede combatirse con formas autoritarias de organización. Aquellos que pasan el tiempo desmenuzando los puntos finos de la metafísica y encuentran en esta afirmación argumentos contra el uso de la violencia, una coartada o una capitulación de los anarquistas, demuestran a través de esto sobre todo su profundo deseo de orden y armonía. Toda relación humana es conflictiva, lo que no significa que sea autoritaria. Hablar sobre estas cuestiones en términos absolutos es ciertamente difícil, lo que no elimina el hecho de que la tensión hacia la coherencia es una necesidad vital. Si hoy pensamos que la afinidad y los grupos de afinidad son la forma más adecuada para la lucha y la intervención anarquista en la conflictividad social, es porque esa consideración está íntimamente ligada a cómo concebimos esta lucha y esta intervención. De hecho, existen dos caminos para enfrentar la pregunta, caminos que no son diametralmente opuestos, pero que tampoco coinciden totalmente. Por un lado, existe la necesidad no negociable de coherencia. De ahí viene la cuestión de la medida de ciertas formas de organización anarquista (tomando por ejemplo las organizaciones de

síntesis con programas, algunas declaraciones de principios y algunos congresos como federaciones anarquistas o estructuras anarcosindicalistas) que responden a nuestra idea de anarquismo. Por otro lado, está es la cuestión de la adecuación de ciertas estructuras organizativas. Esta adecuación hace más la pregunta sobre la base de las condiciones históricas, de los objetivos que quiere alcanzar (y por lo tanto a la forma organizativa que se considera más apta para esto), del análisis de la situación social y económica... A las grandes federaciones nos habría gustado, también en otras épocas, tener pequeños grupos que se muevan con autonomía y agilidad, pero en el nivel de adecuación a la situación, con gran dificultad se puede excluir a priori que en determinadas condiciones, la elección de una organización anarquista de lucha, específica y federada, de una constelación guerrillera... puede (o mejor dicho, podría) responder a ciertas necesidades. Creemos que contribuir a las rupturas insurreccionales y desarrollarlas estas hoy es la intervención anarquista más adecuada para luchar contra la dominación. Para las rupturas insurreccionales nos referimos a rupturas intencionales, aunque temporales, en el tiempo y el espacio de la dominación; por lo tanto, una ruptura necesariamente violenta. A pesar de que tales rupturas tienen también un aspecto cuantitativo (ya que son fenómenos sociales que no pueden reducirse a una acción aleatoria de un puñado de revolucionarios), estas se dirigen a la calidad del enfrentamiento. Apuntar contra estructuras y relaciones de poder, romper con su tiempo y espacio y permite, a través de las experiencias hechas y los métodos utilizados para autoorganizarse y de la acción directa, volver a cuestionar y atacar más aspectos del dominio. En resumen, las rupturas insurreccionales nos parecen necesarias en el camino hacia la transformación revolucionaria de lo existente.

De todo esto se deriva lógicamente de la cuestión de saber cómo los anarquistas pueden organizarse para contribuir a tal ruptura. Sin renunciar a la difusión siempre importante de las ideas anarquistas, según nosotros, hoy, no se trata de reunir a toda costa la mayor cantidad posible de personas en torno al anarquismo. En otras palabras, no creemos que lo que se necesita son organizaciones anarquistas fuertes con un amplio espectro capaz de atraer a los explotados y excluidos, como un preludeo cuantitativo para estas organizaciones que a su vez

dará (cuando llegue el momento) la señal de una insurrección. Además, creemos que es impensable, en nuestros días, que las rupturas insurreccionales puedan partir de organizaciones que defienden el interés de un grupo social particular, comenzando por ejemplo, de forma más o menos anarcosindicalista. La integración de tales organizaciones dentro de la gestión democrática, de hecho responde perfectamente a la economía capitalista contemporánea; es esta integración lo que hizo imposible cruzar potencialmente desde una posición defensiva a una posición ofensiva. Finalmente, nos parece imposible que hoy una «conspiración» fuerte pueda, a través de diferentes operaciones quirúrgicas, hacer temblar la dominación y arrastrar a los explotados en la aventura insurreccional; más allá de las objeciones que se puedan hacer en contra de esta forma de considerar las cosas. En contextos históricos donde el poder estaba muy centralizado, como en la Rusia zarista, todavía se podía imaginar de algún modo la hipótesis de un ataque directo contra el corazón (en este caso, el asesinato del zar) como preludio de una revuelta generalizada. En un contexto de poder descentralizado como el que conocemos, la pregunta ya no puede ser golpear el corazón, con la hipótesis de un escenario donde un golpe bien dirigido podría hacer temblar la dominación en sus cimientos (lo que obviamente no quita para nada la validez de un tiro bien dirigido). Por lo tanto, se deben explorar otros caminos.

AFINIDAD Y GRUPOS DE AFINIDAD.

Hay muchas desventajas de frente a la afinidad. De hecho es mucho más fácil y mucho menos exigente que inscribirte a algo, ya sea a una organización o a una asamblea permanente y asumir y reproducir características formales, en lugar de llevar a cabo una larga e inagotable búsqueda de compañeros con quienes compartir ideas, análisis y proyectos eventuales. Porque la afinidad es exactamente eso: un conocimiento recíproco entre compañeros, un análisis compartido que conduce a las perspectivas de la acción. La afinidad, se dirige, por un lado, hacia la profundización teórica y por el otro, hacia la intervención en la conflictividad social.

La afinidad se coloca radicalmente en el plano cualitativo. Aspira a compartir ideas y métodos, y no tiene como meta un crecimiento infinito. Para algunos compañeros, una de las principales preocupaciones, aunque bien escondida, parece seguir siendo el número. ¿Cuántos somos? ¿Qué debemos hacer para ser más? Desde la polarización de tal cuestión y desde la confirmación de que el día de hoy no somos muchos, dado por el hecho de que muchos otros no comparten nuestras ideas (tampoco inconscientemente), deriva la conclusión de que deberíamos crecer numéricamente, evitando poner un énfasis de ciertas ideas. Hoy en día es raro encontrar personas que tratarían de venderte una tarjeta de membresía para alguna organización revolucionaria que tenga como objetivo crecer cuantitativamente y aspirar a representar a la mayor cantidad de explotados; sin embargo son muchos los que piensan que esa es la mejor manera de dar a conocer a los demás en qué consiste la organización “consensual” en actividades como bares autogestionados, talleres, conciertos, etc. Seguramente, estas actividades tienen su papel, pero cuando enfrentamos el tema de la afinidad estamos hablando de algo más. La afinidad no es lo mismo que la amistad. Por supuesto que las dos no se excluyen la una de la otra, pero no porque compartamos determinados análisis significa que vamos a dormir juntos o viceversa. De la misma manera, no sólo porque escuchemos la misma música significa que queramos luchar en el mismo camino en contra de la dominación.

La búsqueda de la afinidad ocurre en un nivel interpersonal. No es un hecho colectivo, un asunto de grupo, donde siempre es más sencillo seguir a otros que pensar por uno mismo. La profundización de la afinidad es evidentemente una cuestión de pensamiento y de acción; sin embargo al final la afinidad no es el resultado de llevar a cabo una acción en conjunto, sino que es un punto de partida para la acción. Esta bien, es obvio lo que algunos dirían, pero entonces esto no significa que no se conocerían personas que podrían ser buenos compañeros porque, de alguna manera, me gustaría limitarme a la afinidad. Es cierto que la búsqueda y la profundización de la afinidad requieren una gran cantidad de tiempo y energía y por lo tanto no es posible generalizar a todos los compañeros. El movimiento anarquista de un país, de una ciudad, o incluso de un barrio, no puede convertirse en un

gran grupo de afinidad. No se trata de ampliar los diferentes grupos de afinidad con más compañeros, sino es hacer posible la multiplicación de grupos de afinidad autónomos. La búsqueda, la elaboración y la profundización de la afinidad conduce a pequeños grupos de compañeros que se conocen los unos a los otros, que comparten análisis y pasan juntos a la acción.

Existe la palabra ... El aspecto «grupo» de un grupo de afinidad ha sido regularmente criticado, tanto de manera incorrecta como correcta. A menudo hay compañeros que comparten la noción de afinidad, pero se vuelve mucho más complicado cuando comenzamos a hablar de «grupos» que por un lado van más allá de un aspecto interpersonal, mientras que por otro lado parecen limitar el «crecimiento». Las objeciones en la mayor parte del tiempo consisten en subrayar los mecanismos perniciosos del «interior / exterior» que tales grupos de afinidad pueden generar (como, por ejemplo, el hecho de renunciar al propio camino a seguir, el estancamiento y los mecanismos que puedan emerger como ciertas formas de competencia, jerarquía, sentimientos de superioridad o inferioridad, miedo...). Pero estos son problemas que surgen en cualquier tipo de organización y no están exclusivamente vinculados a la afinidad. Se trata de reflexionar sobre cómo evitar que la búsqueda de la afinidad conduzca a un estancamiento y a una parálisis más que a una expansión, una propagación y una multiplicación.

Un grupo de afinidad no es lo mismo que una «célula» de un partido o una parte de una guerrilla urbana. Como su búsqueda es permanente, la afinidad evoluciona en permanencia. Puede «aumentar» hasta el punto que un proyecto compartido le sea posible, pero por otro lado, también puede «disminuir» hasta que sea imposible hacer algo juntos. El archipiélago de grupos de afinidad cambia constantemente. Este cambio constante a menudo es señalado por sus críticos: uno no puede construir nada a partir de esto, porque no es estable. Estamos convencidos de lo contrario: no hay nada que construir en torno a las formas organizativas que giran en torno a sí mismas, lejos de los individuos que forman parte de ella. Porque tarde o temprano, a los primeros golpes, excusas y algún truco de todas maneras saldrán a la superficie. El único terreno fértil sobre el cual construir es la búsqueda recíproca de afinidad.

Finalmente, nos gustaría señalar que esta forma de organización tiene la ventaja adicional de ser particularmente resistente a las medidas represivas del estado, ya que no tiene bastiones representativos, estructuras o nombres para defender. Cuando las formaciones cristalizadas y las grandes organizaciones pueden prácticamente desmantelarse de un solo golpe, por el mismo hecho de que son bastante estáticas, los grupos de afinidad se mantienen ágiles y dinámicas incluso cuando se produce la represión. Dado que los grupos de afinidad se basan en el conocimiento recíproco y la confianza, los riesgos de infiltración, manipulación e intromisión son mucho más limitados que en grandes estructuras organizativas a las que las personas pueden unirse formalmente o en relaciones vagas donde solo es necesario reproducir cierto comportamiento para unirse al club. La afinidad es una base bastante dura de corromper, exactamente porque parte de las ideas y estas también evoluciona.

ORGANIZACIÓN INFORMAL Y PROYECTUALIDAD.

Creemos que los anarquistas tienen la mayor cantidad de libertad y autonomía de movimiento para intervenir en la conflictividad social si se organizan en pequeños grupos basados en la afinidad, en lugar que en grandes formaciones o en formas cuantitativas de organización. Por supuesto, es deseable y a menudo necesario que estos pequeños grupos puedan llegar a un entendimiento entre ellos. Y no con el propósito de ser transformado en una deidad o una falange, sino para alcanzar objetivos específicos y compartidos. Por lo tanto, estos objetivos determinan la intensidad de la cooperación de la organización. No se excluye que un grupo que comparte afinidad organice una manifestación, pero en muchos casos una coordinación entre diferentes grupos podría ser deseable y necesaria para alcanzar este objetivo específico, anclado en el tiempo. La cooperación también podría ser más intensa en el caso de una lucha concebida a mediano plazo, como, por ejemplo, una lucha específica contra una estructura de poder (la construcción de un centro de deportación, de una prisión, de una base

nuclear...). En tal caso, podríamos hablar de organización informal. Organización, porque se trata de una coordinación de voluntades, medios y capacidades entre diferentes grupos de afinidad y personas que comparten un proyecto específico. Informal porque no nos interesa promover algún nombre, ni fortalecer cuantitativamente una organización, ni suscribir un programa o una declaración de principios, sino una coordinación ágil y ligera para responder a las necesidades de un proyecto de lucha.

De alguna manera, la organización informal se encuentra también en el terreno de la afinidad, pero va más allá del carácter interpersonal. Existe solo en una presencia de una proyectualidad compartida. Una organización informal, por lo tanto, está directamente orientada hacia la lucha, y no puede existir aparte de esto. Como mencionamos anteriormente, ayuda a responder a los requisitos particulares de un proyecto de lucha que no puede ser en absoluto, o con gran dificultad, sostenido por un solo grupo de afinidad. Puede, por ejemplo, permitir poner a disposición los medios que consideremos necesarios. Por lo tanto, la organización informal no tiene el objetivo de reunir a todos los compañeros que están detrás de la misma bandera, de reducir la autonomía de los grupos de afinidad o de las individualidades, sino de permitir que esta autonomía confluya. Esto no es una laguna para hacer todo juntos, sino que es una herramienta para materializar el contenido y la sensación de un proyecto común, a través de intervenciones particulares de grupos de afinidad e individualidades.

¿Qué significa tener un proyecto? Los anarquistas quieren la destrucción de toda autoridad, de esto podemos deducir que están en constante búsqueda de formas de hacerlo. En otras palabras, ciertamente es posible ser anarquista y activo en tales sin un proyecto específico de lucha. De hecho, esto es lo que sucede en general. Si los anarquistas siguen la directiva de las organizaciones a las que pertenecen (algo que parece pertenecer más al pasado), o si están esperando la llegada de las luchas en las que pueden participar, o si intentan incluir tantos aspectos anarquistas como sea posible, en su vida cotidiana: ninguna de estas actitudes presupone la presencia de una verdadera proyectualidad, algo que, dejamos en claro, no hace que estos compañeros sean menos anarquistas. Un proyecto se basa en el análisis del contexto social, po-

lítico y económico en el que se encuentra, y desde el cual se prepara una perspectiva que le permita intervenir en el corto y mediano plazo. Un proyecto que por lo tanto contenga un análisis, ideas y métodos, coordinados para alcanzar un propósito. Podemos, por ejemplo, publicar un periódico anarquista porque somos anarquistas y queremos difundir nuestras ideas. Esta bien, pero un enfoque más proyectual requeriría un análisis de las condiciones en las que esta publicación sería adecuada para intervenir en la conflictividad, cuya forma debería, por lo tanto, tomar... Podemos decidir luchar contra las deportaciones, contra el deterioro de las condiciones de supervivencia, en prisión... porque todas estas cosas son simplemente incompatibles con nuestras ideas; desarrollar un proyecto requeriría un análisis para comprender desde dónde sería más interesante una intervención anarquista, qué métodos usar, cómo pensar en dar un impulso o intensificación a la tensión conflictiva en un período de tiempo determinado. No hace falta decir que proyectos similares suelen ser la ocasión para organizarse de manera informal, en una coordinación entre diferentes grupos e individualidades anarquistas.

Por lo tanto, una organización informal no puede ser fundada, constituida o abolida. Nace de una manera completamente natural, satisfaciendo las necesidades de un proyecto de lucha y desaparece cuando se realiza este proyecto o cuando se evalúa que ya no es posible ni relevante realizarlo. No coincide con la totalidad de la lucha en curso: las muchas formas organizativas, los diferentes lugares de encuentro, las asambleas, etc. producidos por una lucha existirán independientemente de la organización informal, lo que no significa que los anarquistas tampoco pueden estar presentes allí.

LOS “OTROS”.

Hasta ahora, hemos hablado principalmente sobre formas de organización entre anarquistas. Sin lugar a dudas, muchas revueltas proporcionan sugerencias preciosas que son paralelas a la que acabamos de mencionar. Tomemos como ejemplo las revueltas de los últimos años en ciertas metrópolis. Muchos rebeldes se organizaron en peque-

ños grupos ágiles. O pensemos en los disturbios en el otro lado del Mediterráneo. No hubo necesidad de una organización fuerte o de algún tipo de estructura representativa de los explotados para provocar los levantamientos, su columna vertebral se construyó con múltiples formas de autoorganización informal. Por supuesto, en todo esto no nos expresamos sobre el «contenido» de estas revueltas, pero sin las formas organizativas bastante anti-autoritarias, sería completamente impensable que hubieran tomado una dirección liberadora y libertaria.

Es hora de decir adiós, de una vez por todas, a todos los reflejos políticos, más aún en estos tiempos en que las revueltas no responden (ya no) a las prerrogativas políticas. Las insurrecciones y revueltas no deben ser dirigidas ni por los autoritarios ni por los anarquistas. No piden organizarse en una gran formación. Esto no quita que nuestra contribución a tales eventos (fenómenos que son realmente sociales) no pueda permanecer simplemente espontánea si aspira a ser una contribución cualitativa; esto requiere de una cierta cantidad de organización y de proyectualidad. Sin embargo, los explotados y los excluidos no necesitan que los anarquistas se rebelen o insistan. A lo sumo podemos ser un elemento adicional, bienvenido o no, una presencia cualitativa. Pero eso sigue siendo importante, si queremos hacer que las rupturas insurreccionales se rompan en una dirección anarquista.

Si los explotados y los excluidos son perfectamente capaces de rebelarse sin los anarquistas y su presencia, no por eso estamos dispuestos a renunciar a buscar algunos puntos y un terreno donde podamos luchar con ellos. Estos puntos y este terreno no son consecuencias naturales o «automáticas» de las condiciones históricas. El encuentro entre grupos de afinidad, así como la organización informal de anarquistas y explotados dispuestos a luchar, se produce mejor en la lucha misma, o al menos en una propuesta de lucha. La necesidad de difundir y profundizar las ideas anarquistas es innegable y en ningún momento debemos esconderlas, confinarlas a los callejones o disfrazarlas en nombre de una estrategia dada. Sin embargo, en un proyecto de lucha insurreccional no se trata de convertir la mayor cantidad de explotados y excluidos a las propias ideas, sino más bien de hacer posibles experiencias de lucha con la metodología anarquista e insurreccional (ataque, autoorganización y conflictividad permanente). Dependiendo

de la hipótesis y los proyectos, es necesario reflexionar efectivamente sobre las formas organizativas que puede adoptar este encuentro entre los anarquistas y aquellos que quieren luchar de forma radical. Dependiendo de la hipótesis y los proyectos, es necesario reflexionar efectivamente sobre las formas organizativas que puede adoptar este encuentro entre los anarquistas y aquellos que quieren luchar sobre una base radical. Estas formas de organización ciertamente no pueden ser constelaciones exclusivamente anarquistas, ya que otros rebeldes participan en ella. Por lo tanto, no son un apoyo para «promover» el anarquismo, sino que tienen el propósito de dar forma y sustancia a una lucha insurreccional.

En algunos textos, elaborados a partir de una serie de experiencias, se menciona a los «núcleos de base» formados dentro del proyecto de una lucha específica, de formas de organización basadas en las tres características fundamentales de la metodología insurreccional. Los anarquistas participan, pero junto con otros. En cierto sentido, son en su mayoría puntos de referencia (no del anarquismo, sino de la lucha continua). De alguna manera funcionan como los pulmones de una lucha insurreccional. Cuando esta lucha es intensa, involucra a muchas personas, y disminuye en cantidad cuando baja la temperatura. El nombre de tales estructuras organizativas tiene poca o ninguna importancia. Uno debe discernir, dentro de ciertos proyectos de lucha, si las formas organizacionales similares son imaginables o necesarias. También debemos subrayar que no se trata de colectivos, comités, asambleas populares, etc. formados previamente y que tienen el propósito de perdurar en el tiempo y cuya composición raramente es antipolítica y autónoma (ya que a menudo hay elementos institucionales involucrados). Los «núcleos de base» se forman dentro de un proyecto de lucha y solo tienen un propósito concreto: atacar y destruir un aspecto del dominio. Por lo tanto, no son organizaciones para unificadores que defienden los intereses de un grupo social (en los comités de desempleados, en las asambleas de estudiantes...), sino ocasiones de organización orientadas al ataque. Las experiencias de autoorganización y ataque obviamente no garantizan que en una lucha futura los explotados no acepten o no toleren elementos institucionales. Pero sin estas experiencias, este tipo de reacciones sería prácticamente impensable.

En resumen, según nosotros, no se trata de construir organizaciones que «atraigan a las masas» u organizarlas, sino de desarrollar y poner en práctica propuestas concretas de lucha. Dentro de estas propuestas, de carácter insurreccional, es importante reflexionar sobre las formas organizativas que se consideran necesarias y adecuadas para realizar una propuesta de ataque. Subrayamos una vez más que estas formas organizativas no implican necesariamente estructuras con reuniones, lugares de encuentro, etc., pero que también pueden nacer directamente en la calle, en momentos de lucha. En ciertos lugares, por ejemplo, puede ser más fácil crear algunos «puntos de referencia» o un «núcleo base» con otros explotados al interrumpir la rutina, levantando una barricada en la calle... en lugar de esperar a que todos vengan, a una cita para discutir sobre la colocación de una barricada. Estos aspectos no pueden dejarse totalmente al azar y a la espontaneidad. Una proyectualidad permite la reflexión y una evaluación de diferentes posibilidades y su relevancia.

EN RESUMEN.

Si la pregunta se aleja de cómo organizar a las personas para la lucha, se trata de cómo organizar la lucha. Creemos que los archipiélagos de grupos de afinidad, independientes uno del otro, que pueden asociarse según sus prospectos compartidos y proyectos concretos de lucha, constituyen la mejor manera de pasar directamente a la ofensiva. Estas concepciones ofrecen la mayor autonomía y el campo de acción más amplio posible. En la esfera de los proyectos insurreccionales, es necesario y posible encontrar formas de organización informal que permitan el encuentro entre anarquistas y otros rebeldes, formas de organización no destinadas a perpetuarse, sino orientadas hacia un propósito específico e insurreccional.

